

P. VÍCTOR IRIARTE, S. J.

(1897, Durango, Vizcaya; 1969, Caracas)

La Iglesia Venezolana ha perdido un gran apóstol. La familia jesuítica está de luto. SIC pierde, en el lapso de pocos meses, la segunda de sus clásicas columnas: el P. Víctor Iriarte. Su vinculación con la revista comenzó el año 1939, cuando apenas comenzaba su segundo año de vida. El P. Iriarte la ayudó a crecer, a superar los momentos de crisis —¡quién no ha tenido crisis en 31 años de vida!— y hoy la deja con tristeza, pero con fortaleza de adulto.

Su aportación fue vital. En ausencia del Director asumía la responsabilidad de la dirección. Sus 174 artículos y agudos comentarios reflejan el sello de su personalidad. Al recordar su memoria no podía faltar nuestro cariñoso homenaje póstumo.

Su figura quedará enmarcada para siempre con la silueta de la Iglesia y Residencia de San Francisco. Desde allí desplegó, con breves interrupciones, su vasta actividad: Asesor de la Jerarquía, Director de conciencias, Orador sagrado, Ejercitador del clero nacional, escritor clásico, Asesor de las Conferencias de San Vicente de Paúl, etc.

En su personalidad afloraba el sello de su tierra natal: fortaleza y espíritu de trabajo. Rara vez había estado enfermo y, desde luego, jamás se justificaba una ausencia del trabajo. Más aún, el criterio del trabajo era para él como un termómetro con que catalogaba a los hombres y a los pueblos. Y se lo dio todo a Venezuela. Sus obras, para qué enumerarlas, dan testimonio de él. Se fue en dolorosa enfermedad a los 72 años de edad.

Como buen hijo de la tierra vasca, tampoco era propenso a hablar de sus asuntos personales. Había que deducirlos por su forma de actuar. Se cumplió en él, como algo connatural, la sentencia evangélica de "por sus obras les conoceréis". Y ahí están sus obras, junto con el testimonio espontáneo de tantas personas que acudieron a su despedida.

Hubo una época en su vida en que el cumplimiento de sus obligaciones de oficio nos hizo vislumbrar tal cual era por dentro. Fue nombrado Provincial de los Jesuítas de Venezuela y en los criterios que inculcaba a los estudiantes se retrataba sin darse cuenta. Su ascética era muy simple: entrega total a Dios manifestada a través del trabajo.

Muchas anécdotas podríamos contar acerca del nerviosismo que le invadía cuando se le daban excusas por no estar trabajando. Se nos presentó un día y como extrañado de nuestra inactividad nos preguntó:

—Y hoy ¿por qué no están trabajando?

—Padre Iriarte, hoy es la fiesta de la Raza...

—Estoy viendo que en vez de proclamar tanta fiesta de la Raza nos deberíamos llamar la raza de las fiestas...

Su celo apostólico le llevó a usar los medios de máximo rendimiento. Muchas veces repetía: "El que habla dos lenguas rinde más que el que habla una sola; el que es capaz de escribir bien rinde más que el que solamente puede hablar; el experto en usar los medios de comunicación social —radio y televisión— tiene un alcance insospechado." De ahí que cada día encontrara tiempo para leer un rato de literatura, practicar alguna lengua y escribir...

Este espíritu de preparación constante lo quiso inculcar en todos. La siguiente anécdota es una muestra de esta preocupación: Me encontraba haciendo estudios de especialización en una Universidad europea. Mis preocupaciones, mis libros, etc., se ceñían a la materia de especialización. Llegó el P. Iriarte a visitarnos y a ver la situación de nuestros estudios. Entró en mi cuarto y después del saludo lo primero que hizo fue revisar con la mirada el estante de libros...

—Veo que apenas tiene libros de buena literatura.

—Me falta tiempo para leer la bibliografía de mi materia de estudio...

—De acuerdo, de acuerdo, pero no se olvide de una cosa: si no se lee sistemáticamente un rato de buena literatura no se aprende a escribir con amenidad. Y el jesuíta que no es capaz de escribir apenas está rindiendo el 40% de sus capacidades...

Los demás estudiantes mantuvieron más o menos el mismo diálogo.

En estas notas de su personalidad falta algo que era la razón de ser y motor de toda su autoridad: su profunda vida interior y vocación eclesial. Su actitud religiosa y siempre sacerdotal le evitó el peligro de un activismo superficial. Le llenó de humanismo y equilibrio personal. Señores obispos, sacerdotes, religiosas y seglares de todas las clases fueron testigos de su equilibrio de juicio y proyección sobrenatural.

Queremos terminar estas pinceladas de su vida con las mismas palabras que él mismo dedicó al P. Manuel Aguirre que hace poco se despidió definitivamente de nosotros: "Vete y haz otro tanto. Oyó la consigna. Cumplió el compromiso. Y el Buen Samaritano, confortado con los sacramentos, se durmió en los brazos de su Señor."